MURIDIANTROPO

por Nino Velasco

autor de «EL DIA OLVIDADO», «LICANTROPO» y «UN CIUDADANO COMUN»

Procedente del sudeste asiático, los barcos europeos que comerciaban con Oriente introdujeron la rata gris en Europa durante el siglo XVIII. Se cree que este funesto acontecimiento se produjo entre 1728 y 1730. En Inglaterra la llamaron rata Hannover, en la creencia de que habían sido barcos noruegos –donde reinaba dicha dinastía – los que la llevaron a las islas. Una sola pareja de ratas grises o ratas de cloacas puede engendrar en tres años a 250.000 descendientes; por eso, en 1772, cuando en nuestro continente no se habían tomado las medidas adecuadas para su exterminio, testigos presenciales vieron a hordas inmensas de este repulsivo múrido atravesar el Volga en dirección Oeste. Perecieron millones, pero aún sobrevivirían las suficientes para arrasar los territorios de la otra orilla. Su nombre científico es el de *ratus norvegicus*, y su gran tamaño, que puede sobrepasar los veinticinco centímetros sin contar la cola, su color pardo sucio y un cuerpo voluminoso y húmedo, producen una inmediata repulsión en el hombre. Necesitadas de abundante humedad, se han refugiado en las cloacas de las ciudades y comparten con el hombre el hábitat urbano. Es cierto que, siendo transmisoras de enfermedades tan terribles como la rabia, la peste, el cólera, la fiebre amarilla o la triquinosis, causó en Europa más muertes que la guerra. La agresividad de la rata gris es proverbial, y su mordedura, cargada de gérmenes, resulta especialmente peligrosa para los humanos. Los machos devoran a sus propias crías si éstas no son defendidas con decisión por la madre; destruyen las membranas interdigitales de las palmípedas jóvenes que encuentran aisladas y se conocen casos de ataques cruentos a cerdos e incluso a niños que dormían en sus cunas. Siguiendo una macabra costumbre de su especie, roen el cráneo de sus congéneres muertos y después les devoran el cerebro con delectación.

***

Las nieblas eran frecuentes a principios del invierno, la humedad se condensaba en el aire frío acumulado por la noche en el valle y la ciudad y los campos circundantes aparecían cubiertos de un velo gris algodonoso que permitía sentirse a gusto a sus habitantes más melancólicos.

J. Fáber se levantaba temprano y bajaba a desayunar al bar del *Loro Verde*. A las 7, 30 ya estaba delante de la barra, junto a otros clientes madrugadores que tomaban café con leche en silencio, metidos en sus abrigos y reconfortados por el ruido de la cafetera, los vasos humeantes y el espacio tranquilo y recién fregado. J. Fáber cogía el periódico del mostrador y le echaba una ojeada. Muchos hombres tenían la costumbre de pedir un vaso de cognac mezclado con anís después del café. Cuando terminaba J. Fáber se iba al banco, que estaba enfrente del *Loro*

Verde, y se ponía a trabajar sin apenas comunicarse con el resto de sus compañeros.

La oficina era un lugar confortable, la sucursal de un banco prestigioso donde se había tratado de conseguir un espacio acogedor y cómodo, no sólo pensando en los clientes, que eran tratados con especial deferencia, sino también el los propios y eficientes empleados de la entidad. Todos tenían cómodos silloncitos rodantes de color tabaco, mesas sólidas y agradables de vistoso diseño, y establecimiento dispensaba a su personal y todos cuantos entraban en él un buen sistema de calefacción a fuel-oil que mantenía un ambiente caldeado mientras afuera la temperatura oscilaba por debajo de cero grados centígrados.

Sin embargo, aquel clima y seco ponía enfermo a J. Fáber, que casi no podía aguantar la tersura del aire y el bochorno del local, progresivamente en aumento mientras avanzaba la mañana. Se le secaba la nariz y su respiración se hacía dificultosa, de modo que, cuando terminaba su jornada laboral a las tres de la tarde, se precipitaba a la calle con la vehemencia que embarga a un náufrago cuando toca el litoral de una tierra salvadora.

El martirio proseguía en su casa. La calefacción central de que disponía el inmueble provocaba los mismos efectos en su aparato respiratorio y en todo su cuerpo, y pese a que abría las ventanas y colocaba recipientes de agua caliente en las habitaciones a fin de proporcionar humedad al ambiente, una especie de asfixia intolerable hacía que su vida, en invierno, consistiese en un transcurrir histórico y lamentable que llegó a provocar violentas discusiones con Kathy, su esposa inglesa, blanca y rubia, poco dispuesta a soportar la veleidades de su marido, las ventanas abiertas en pleno noviembre y los pasillos y habitaciones salpicados de palanganas y cubos llenos de agua humeante que sorprendían desfavorablemente a las visitas.

En consecuencia, J. Fáber se pasaba las tardes en la calle, sentado en algún banco del solitario parque de la ciudad, paseando por la carretera que circunvalaba la urbe o internándose en los campos que la rodeaban, cuya tierra, roturada y esponjosa, húmeda y fresca, le deparaba una sensación de increíble felicidad.

Un anochecer frío y nublado, a un lado de la carretera, descubrió cierta casa de una sola planta, aparentemente ruinosa, con la fachada llena de desconchados y los cristales de las ventanas rotos, situada al borde de un vertedero donde se amontonaban trapos viejos, cascotes de botellas, neumáticos destrozados y toda esa clase de desechos ciudadanos que, a partir de un momento dado, comienzan a hacinarse en lugares precisos sin que nadie sepa por qué. Adherido a una de sus ventanas de rejas oxidadas, descubrió un cartón grande con una inscripción que enseguida le interesó.

SE ALQUILA
Razón: Tel. 222 36 04

Se dirigió hacia el centro, y en la primera cabina que encontró libre llamó al número que indicaba el cartel.

Al día siguiente, cuando la tarde se extinguía tras los nubarrones oscuros que cubrían la comarca, J. Fáber aguardaba frente a la casa del vertedero dando paseos tranquilos. Se aproximó un hombre de edad más que madura, con una

guerrera de piel negra y la expresión huraña y precavida; un tipo con aspecto de aldeano, que se acercó mirándole fijamente con los ojos entornados.

–¿Es usted quien llamó ayer?

–Si...

–Bueno, entonces, ¿le interesa la casa?

–Vamos a verla...

El hombre de la guerrera le dijo el día anterior que la alquilaba por dos mil quinientas pesetas, y a J. Fáber le había parecido un precio increíblemente bajo, tratándose de una casa grande y de construcción sólida. Argumentó, sin embargo, que tal vez resultase un poco cara, teniendo en cuenta su deterioro y el lugar apartado en que se encontraba, junto a un vertedero y próxima a la carretera, donde quizás el ruido de los vehículos que la cruzaban molestase a sus ocupantes.

El dueño de la casa, mientras abría la puerta, se defendió:

–No está vieja. Sólo tiene un poco estropeada la fachada y los chicos han roto los cristales de las ventanas. Esos arreglos corren por mi cuenta. Pero ahora verá usted el interior: está nueva...

Abrió la puerta y les recibió una bofetada de olor a lugar cerrado junto a una lengua de humedad heladora.

–En cuanto a la humedad... –dijo el hombre.

–La humedad no me preocupa; más bien me gusta... –respondió J. Fáber.

La casa era amplia, de habitaciones grandes construidas con una concepción de los espacios anticuada y generosa: techos altos, muros sólidos y ventanas angostas con rejas de forja. Las manchas de humedad oscurecían y descascarillaban la pintura de las paredes hasta casi dos metros de altura, y el ambiente general resultaba sencillamente gélido.

–Ahora está fría porque lleva deshabitada mucho tiempo –dijo el hombre –, pero cuando usted traiga muebles y viva aquí, ya verá como esto se caldea. Además, en el comedor tiene una chimenea...

–No se preocupe –dijo J. Fáber –. En realidad, lo que estoy buscando es un sitio fresco; no aguanto las calefacciones...

–¡Qué me va usted a decir! Esas casas modernas con radiadores son un horno...

–Bien, en fin, me quedo con ella –concluyó J. Fáber –. De modo que, ¿cuánto tengo que darle?

–Ya lo sabe usted. El mes corriente y uno de fianza.

Sin más dilaciones, J. Fáber, sacó su cartera y extrajo de ella un billete de cinco mil pesetas que entregó al hombre. Este le dio las llaves.

–Mañana se pasa por casa y arreglamos lo del contrato y el recibo.

–Sí, sí, como quiera... ¿Se viene usted?

–No, me quedaré un rato viendo todo esto.

El hombre de la guerrera se marchó, y J. Fáber, bajo la luz mortecina de las bombillas desnudas que iluminaban las piezas, permaneció en la casa durante casi una hora inspeccionando en silencio todas las habitaciones. A una persona digamos normal, corriente o común, aquella vivienda le habría parecido un lugar inhóspito y extremadamente triste, pero para J. Fáber, la amplitud de los aposentos, el silencio que inundaba todo el edificio y el frescor húmedo flotante en sus espacios, venía a ser como el hallazgo de una clase de ambiente que, sin saberlo, había estado buscando desde hacía varios años, a partir del momento en que empezó a no aguantar esos pisitos idiotas que proliferan en las ciudades, angostos y sofocantes, particularmente mortificadores en invierno, cuando los porteros encienden en la noche a la mañana la calefacción central y el aire se seca haciéndose imposible una

respiración decente. Se asomó a la ventana de la cocina y, a través de ella, en la parte trasera de la casa, bajo el anochecer sombrío lleno de nubes luctuosas, vio el campo solitario y el vertedero. Se fijó mejor y descubrió, entre los desechos acumulados a unos diez metros de distancia, a cinco o seis ratas grises, gordas y sucias, que merodeaban por la basura. Sintió una rara sensación de alivio, como si la presencia de los repulsivos múridos, muy al contrario de lo que le sucede a la mayoría de la gente psicológicamente estable, le deparase la agradable sensación que uno experimenta cuando, al ocupar un piso nuevo, descubre con regocijo que sus vecinos son buena gente, personas agradables con las que se puede entablar prometedoras relaciones de vecindad.

Tres días más tarde, y ante la indignación de Kathy, que no le creía capaz de una decisión tan definitiva, llegaron dos hombres al piso familiar y empezaron a meter en el montacargas los muebles y objetos que les fue indicando J. Fáber. Se llevaba sus cosas a la casa de la carretera, pertenencias privadas de uso personal cuya ausencia en el piso no afectarían para nada a la existencia normal de su mujer: un silloncito, una mesa de despacho, una lámpara de mesa, una cama de noventa centímetros, algunos libros, papeles y cosas por el estilo.

–¿De modo que es cierto? –dijo ella con el rostro congestionado por la ira y el despecho.

–Bueno, no te pongas así; quiero tener un lugar donde refugiarme a veces... Ya sabes todo lo que me molesta la calefacción, el ambiente seco de la casa... No creo que sea tan dramático el hecho de que tenga un sitio al que irme de vez en cuando... Compréndeme... Hay muchos hombres que tienen estudios o despachos y no ocurre ninguna tragedia por eso...

–Pero los hombres que tú dices tienen esos sitios para algo, para hacer algo útil, para ganar dinero, ¿comprendes? Lo tuyo es un lujo inconcebible...

–Coja esta estatuilla también –fue la respuesta de J. Fáber dirigiéndose a uno de los hombres que habían ido a recoger sus cosas y le miraba interrogativamente con un transistor en una mano y dos o tres cojines bajo el otro.

J. Fáber permaneció toda una tarde colocando sus pertenencias en la casa de la carretera. Todo cabía en una sola habitación, y el resultado, cuando conectó finalmente la lamparita de mesa provista de una pantalla de tela roja, era, si no deslumbrante, sí, por lo menos, francamente satisfactorio dentro de una cosa modesta. Se tumbó en la cama y encendió un cigarrillo. Mientras lo consumía, le atenazó la duda de quedarse a dormir allí aquella noche a fin d e hacer el estreno nocturno de su refugio o regresar al piso para apaciguar a Kathy.

Oyó afuera, en la fachada posterior, los rumores característicos que producen los perros vagabundos cuando hurgan entre las basuras o bien el merodeo de las ratas grises al indagar en los desechos de los vertederos. Advirtió también que le dolía la cabeza. Se puso en pie y salió de la vivienda para dirigirse con sigilo hacia la parte trasera del edificio. Estaba oscureciendo, y consiguió llegar hasta la esquina de la casa sin ser advertido por los detestables roedores. Había seis o siete ratas grandes y parduzcas que se deslizaban buscando desperdicios útiles entre los restos acumulados sobre la tierra fangosa. Movían sus hocicos peludos husmeando nerviosas el aire, y J. Fáber esbozó una sonrisa bobalicona que se dibuja en los labios de quienes contemplan a criaturas agradables capaces de estimular sentimientos de ternura en el hombre: un bebé rollizo, por ejemplo, o un perrito de pocos días. Hubiera deseado tomar a una entre sus manos, pero estaba seguro que apenas hiciese otro movimiento, se sumergirían en sus guaridas como flechas. Dio un paso adelante y su zapato derecho pisó un trozo de ladrillo roto que provocó un

ruido imprevisto, lo suficientemente audible como para que todas las ratas, cual si hubieran sido accionadas por un mismo resorte, quedasen paralizadas dirigiendo sus miradas brillantes hacia el hombre que estaba acechándolas. Insólitamente no huyeron. Permanecieron sobre los deshechos oteando el aire, y tras asimilar la sorpresa de un observador inesperado, continuaron sus movimientos merodeadores por las basuras haciendo caso omiso de la existencia de J. Fáber. Del todo sorprendido, e incluso emocionado, el empleado de banca pudo llegar hasta el montón de residuos donde ellas se buscaban la vida, e, inclinándose despacio, alargó la mano hacia la más gruesa y la cogió con cuidado. Estaba húmeda y caliente y pesaría aproximadamente medio kilo. La rata no hizo ningún gesto que delatase deseos de desasirse o miedo. El la subió hasta la altura de sus ojos y le acarició la cabeza con la otra mano. Le rascó cariñosamente con su dedo índice el hocico negro, de donde emergían las cerdas pringosas del bigote, y la rata osciló la cabeza de arriba a abajo olfateando tranquila a aquel ser grande que la tenía suspendida en el aire, como intentando reconocerle. Después, un balanceo nervioso de su cuerpo, indicó a J. Fáber que el animal deseaba ser depositado en el suelo.

Estuvo tal vez una hora tomando y acariciando a cuantas ratas merodeaban por la basura, sumergido en esa especie de abstracción o de éxtasis que nos aísla del mundo circundante cuando, absorbidos por una tarea fascinadora, incluso no advertimos el paso del tiempo ni nuestras fortuitas dolencias físicas. Las ratas pasaban sobre sus zapatos al zigzaguear por aquel territorio residual y parecían no advertir su presencia o considerarla del todo familiar.

Cuando J. Fáber volvió a tomar contacto con la realidad, reconoció que su dolor de cabeza había aumentado y, cosa extraña, se sentía nervioso y abatido, presa de una extraña e imprevista zorzoba que se concretaba en inquietantes escalofríos difícilmente atribuibles al hecho de haber estado jugando con las ratas. La noche había cerrado por completo y miró al horizonte. Recordó vagamente a Kathy.

Las nieblas eran frecuentes a principios del invierno, la humedad se condensaba en el aire frío acumulado por la noche en el valle y la ciudad y los campos circundantes amanecían cubiertos de un velo gris algodonoso que permitía sentirse a gusto a sus habitantes más melancólicos.

Vio avanzar la niebla desde el campo oscuro hacia él, una masa enorme y blanca, ingrávida, que, lamiendo la tierra mojada, se aproximaba despacio como un fantasma omnímodo y silencioso. La niebla llegó hasta J. Fáber y le envolvió: sintió su húmeda frescura junto al basurero y oyó gruñir a las ratas. Notó como si el agua, rota en millones de gotas suspendidas en el aire, le penetrase hasta el fondo de su cuerpo anhelante y experimentó entonces un turbador vahído que, haciéndole transpirar intensamente, le llenó de angustia. Nadie pudo ver cómo en ese momento horrendas transformaciones se iniciaban en la naturaleza del empleado de banca, cómo sus orejas se redondeaban y su rostro se cubría de pelos grisáceos y pegajosos; de qué forma tan escalofriante sus ojos se hacían intensamente oscuros y redondeados, y en su boca, transfigurada en un hocico provisto de cerdas a modo de bigotes, crecían dos afilados incisivos enormes que le deparaban el siniestro aspecto de una sucia rata de las cloacas. Sus manos eran ahora dos pequeñas garras rosadas sin pelo, y sus movimientos, al acabar las inconcebibles mutaciones, se tornaron precavidos y nerviosos. Lanzó un infernal chillido que heló de espanto aquellos parajes y después, con paso vivo y obcecado, en línea recta, amparado en las sombras de la noche, se introdujo en la ciudad por los callejones más sombríos. Cuando llegó a su casa, penetró en el portal y despreció el ascensor; sin encender la luz general de la escalera, ascendió a oscuras

siete pisos trepando con movimientos extraordinariamente sigilosos por los escalones de mármol rojizo del pretensioso inmueble. En el rellano de la planta donde le esperaría Kathy no se oía el menor ruido. Pulsó el timbre y, casi inmediatamente, como si ella estuviese aguardándole al otro lado, se abrió la puerta.

El grito de la chica inglesa resonó en la escalera como el más execrable anuncio de pavor, y J. Fáber, casi simultáneamente, emitió el agudo chillido de las ratas de Hannover cegadas por la cólera. Justo después de cerrar la puerta a sus espaldas se abalanzó sobre ella, peludo y húmedo, y clavó sus incisivos con sanguinaria perfidia en el blanco cuello de la muchacha. Repitió la embestida excitado por el cálido y dulce dispendio de borbotones de sangre que emanaban de la yugular. La joven sucumbió en unos segundos y quedó tendida sobre la alfombra del salón, hasta donde había llegado en un loco retroceso producido por el pánico.

Entonces, acurrucado junto a ella, como un roedor doméstico que se dispones a engullir sosegado una crujiente avellana, la criatura espantosa inició una metódica acción con sus demoledores incisivos sobre el cráneo de la desgraciad muchacha. Insistió persistentemente, produciendo un ronroneo monótono, hasta horadar limpiamente uno de los parietales de su víctima a través del cual pudo verse la masa tierna y blanca del cerebro. Después, siguiendo una macabra costumbre de su especie, sorbió con delectación la blanca masa encefálica como si se tratase de una deliciosa golosina.

Es, que yo sepa, el único caso que se conoce del horrible monstruo denominado ***muridiántropo*** **y hombre rata, cuyo horror desencadenan las nieblas de los valles húmedos.**